

**Juan Carlos Kreimer**

Búzios era un hospital  
de tránsito





Seix Barral

---

**Juan Carlos Kreimer**  
Búzios era un hospital  
de tránsito

---

## BUZIOS, 1979

### 1

Al volver de la panadería con media docena de baguetes en el morral, en una esquina de la segunda o tercera calle paralela al mar, me intercepta la misma muchachita que desde Río viene sentada adelante de mí en el ómnibus y que en Cabo Frío, no bien traspasamos a la Salineira, me pide la ventanilla. En los dos trayectos, una infinidad de flechitas se dispara entre nuestros cuerpos.

De la nada reaparece y sin darme tiempo a ninguna reacción, pega sus labios a los míos y me los frota como si el mundo se terminase ya mismo. Nunca registro tanta constricción al besar, o ser besado, nunca saboreo labios tan firmes, tan carnosos, tan mullidos, nunca me pica un viboreo tan intenso alrededor de la boca, una humedad tan a punto. Jamás una chica me ha dicho mientras nos besamos: Goshtoso... Da pra min tuda isa lingua... Shupa, shupa más, garoto... Lo dice mientras engrosa la lengua y recorre todos los resquicios de mi boca, uno a uno, como si buscara una carie. Você é sabroso, me repite. Su aliento fresco me recuerda al de los chicles Adams de menta.

---

Você ista aquí, me dice en otra pausa y antes de que pueda responder sus besos succionan los míos con un descontrol aún mayor. No registro diferencia entre adentro de mi boca y la suya.

Abre os olhos, me ordena y sin soltar mis hombros deja caer la cabeza hacia atrás. Seguimos abrazados bajo un arbolito, los cuerpos todavía muy involucrados. El morral aún cuelga de mi hombro, las baguetes se bambolean a la par de sus embestidas.

De repente se escabulle de mis brazos, retrocede un paso y enfila hacia la esquina de donde surgió y se esfuma, solo quedan las calles vacías, las casitas con las luces encendidas, un fuerte aroma salino flota en el aire. Desde el otro lado del morro llega el eco de ladridos lejanos, desgarradores y de plenitud.

•

Abro mi pasaje a Londres y estiro mi vuelta diez días en Brasil. Unas vacaciones en el sol no estarían mal. La excusa es reencontrarme con Pablo Maggi, un excompañero de redacciones, que largó todo y vive aquí. Dos veranos atrás, lo tuve de huésped en mi estudio en Camden Town. Discutimos y se fue de casa, o lo eché, no recuerdo bien. Me increpaba por haber reincidido en el periodismo. ¿No decías que era una forma de autoengañarte?, me recordó.

A su vuelta se junta con Bea, una ceramista argentina exiliada por miedo a que la vinculen con una hermana desaparecida.

Cuando llego a Búzios ni siquiera sé adónde viven. La tercera persona a la que pregunto por Pablo me acom-

---

pañá hasta su casa. Toco la campanilla, el cielo está encapotado esa tarde, el olor del aire anuncia agua. En la verja, antes de invitarme a pasar, Pablo me recibe con un Sobre llovido mojado. No le doy importancia. Al minuto comprendo por qué yo soy el mojado: en su casa está parando Alejandro Vignati, otro exargentino, también excompañero de trabajo, unos años mayor que nosotros. En pocos días, él y Popi, su noviecita española, han creado tal tensión que ni siquiera la alegría de reencontrarnos logra descomprimir.

Con el cansancio de tres horas de micro y la valija todavía en la galería, no se me ocurre mejor idea que proponerles ir a tomar una cerveza. Antes de que puedan decir algo, Bea estalla.

¿No ves que estamos preparando la cena? Si querés hacer algo ¡andá y comprá pan! Mucho, porque vamos a tener que compartir nuestros cuatro pescados con vos.

•

A Alejandro se le cerraron todas las puertas en Barcelona. La Radio Nacional España levantó su programa. Quienes alguna traspasnoche escuchamos sus divagues al aire, sus incongruencias y cómo se las autofestejaba deducimos el motivo. Él se resiste a admitirlo. Los de Ediciones Roca, que se creían muy astutos publicando sus crónicas de anticipación científica y le encargaban libros sobre cualquier tema misterioso, empezaron a recibir notificaciones de otras editoriales que lo acusaban de intercalar larguísimas citas sin comillas ni mencionar el autor ni la fuente. Como Alejandro lo negaba, las demandas

---

llegaron a las Cortes. Para peor, se le venció el contrato de alquiler del apartamento sobre Plaza Lesseps, el dueño no quiso renovarle, él no tenía ahorros ni garantes para entrar en otro.

Vine a Búzios porque Ramón me prometió tirarme otro salvavidas, me responde con la boca llena y restos de comida en los bigotes.

•

Hace veinte años, cuando Ramón Avellaneda era cónsul argentino en Río, le consiguió a Alejandro un curro disfrazado de intercambio cultural a cambio de que sostuviera ante Guimarães Rosa, Rubem Braga y otros escritores cariocas que él escribía tan bien como ellos y era muy reconocido en Buenos Aires. El objetivo de Ramón era ser traducido al portugués, reconocido como escritor.

Popi es notoriamente más joven que Alejandro, usa gafas estilo cotillón para fiestas de gatúbelas, se tambalea en tacones rojos y pollera apretada por calles empedradas o cubiertas de arena. Él sale a paso firme, pantalón con pinzas, raya planchada, camisa celeste metida adentro. Parecen un pastor de la Assembleia de Deus y una hija que lo sigue.

Cuando golpean la puerta de casa a Ramón, su nueva mujer desde el lado de adentro dice: Está pero no puede recibirlos. Después de volver varias veces, Alejandro se sienta en la vereda de enfrente y espera a que Ramón salga. Popi prefiere caminar por el pueblo, entrar en los bares, hacerse amigos.

---

Tres días de guardias hice, me cuenta Alejandro. No bien lo vi salir, le grité: ¡¿Así que estabas ocupado?! ¿Quién te creés que sos, Ramón? En bermudas, descalzo, sin perder el tono diplomático, me fue arriando hasta la plaza. Nada que ver con el Ramón que conocí.

Y sigue despotricando contra él: Ya ni poesía escribe, pesca langostas, se tira en la hamaca y toca la guitarra, saca a pasear turistas en su barquito, exagera sus aventuras con Cousteau... Ni una puta caipira me convidó, te das cuenta. A mí, que le hice publicar un libro de cuentos pusilánimes... Ni siquiera preguntó el nombre de mi mujer.

A esta altura del rezongo, Popi ya me parpadea.

Este pueblo es una mierda, ¡lo mismo que tu Londres!, remata él mirándome con desprecio.

Recién llego, alcanzo a decir, dame un respiro.

Y tu amigo Pablo... que encima se compró una casa aquí...

•

Pablo acaba de firmar la escritura de una casa de pescadores reciclada, el hermano le adelantó su parte de la sucesión. Vive de lo que Bea gana haciendo objetos de cerámica, dos veces por mes van a Río, varios negocios les encargan accesorios con motivos marinos, o pasan sus diseños exclusivos y ellos los fabrican en serie. Pablo se refiere al trabajo de Bea en primera persona del plural.

Al quedar solos, Alejandro me confía en voz muy baja: No tengo la menor idea de en qué anda este pobre muchacho, tiene su Olivetti de adorno.

---

Él se trajo todo con la idea de instalarse, como sus cosas no cabían en el armario del cuarto de huéspedes, su sobretodo y el enorme anorak de Popi cuelgan del perchero del living debajo de los sombreros de paja.

Ustedes son dos jipones viejos, vuelve a increparnos. Aquí tienen circo.

Pablo siente un morboso placer al escucharlo despotricar, incluso contra él, y para darle cuerda asiente con la cabeza. Entre risas dice: Sí, sí...

Esto también es un sueño, prosigue Alejandro. Claro, como aquí nadie los jode, pueden estirarlo, vivir con moneditas, hacer un poco de biyuta, mirar el mar y creer que se salieron del sistema.

Al pararse se enreda una pierna con la pata del banco y rueda sobre los baldosones. Cuando logra incorporarse se ataca conmigo: ¿Y vos, qué mierda seguís buscando en Inglaterra? ¿Hacer lo de siempre: escribirles el cuentito a otros y sobrevivir de lavaplatos?

También yo querría saberlo, digo.

Popi observa en silencio cómo dejo los platos relucientes. Bea percibe alguna intención y sin más la invita a dar una vuelta.

Vayan nomás, vayan de botellón, las despide Alejandro. Cuando estos dos empiecen a fumar, también yo me rajo por ahí.

Quedamos los tres solos. Alejandro se llena otra vez el vaso de whisky y da un sorbo largo. Después se limpia los bigotes con la servilleta y hace girar con el dedo los cubitos de hielo. Lloriquea: Estoy harto de hacer libros sobre los dinosaurios y templarios. ¿De extraterrestres quieren? Aquí está... Vengo de entregarles doscientos cincuenta



---

folios sobre cómo llegaron a Perú los hijos del Sol. Ciento cincuenta mil pelás, tres mil dólares.

¿De dónde sacás la información?, pregunta Pablo.

De acá, dice Alejandro y se martillea la frente con el mismo dedo que revolvía el hielo.

Y mucha tijera y cinta Scotch, ¿no?

Finge no escuchar mi comentario.

Los españoles me tienen las pelotas llenas. Aquí debe ser barato vivir, ¿no?

Pablo hace un cálculo riguroso de cuánto le puede costar vivir alquilando una casita en los fondos de alguna casa de pescadores. Sin comer afuera, entre 160 y 200 dólares por mes. Con lo que te pagaron podés vivir doce meses. Inventás un libro por año y listo.

¿Viviendo detrás de una casa de pescadores? ¡Ni en pedo!, estalla. No vine a verle el culo a Latinoamérica. A esta altura, lo menos que aspiro es una ventana sobre el mar.

En invierno podés tener una por casi nada.

Además, los gallegos me corren con el ovnólogo ese, Jota Jota Benítez.

Cuando Pablo estira el brazo para ofrecerle una pitada, él se lo aparta bruscamente, el manotazo casi vuelca la pila de platos que vengo haciendo.

¡Ustedes todavía siguen con estas cosas!, se justifica. ¿No se dan cuenta de que los mantiene dormidos? El pisanlov fue un invento de la prensa y ustedes se la creyeron. Hasta John Lennon lo dijo: El sueño terminó, muchachis. Se acabaron las ilusiones de un mundo mejor, ya no es posible aislarse y hacer la tuya. Hacerte la ropita, comer verdurita, no usar dinero, ¡déjenme de joder! Ahora solo

---

queda pelearla desde adentro. Mostrar quién sos de veras... nosotros somos ahora los otros... tenemos que dar batalla. Robarle al sistema toda la pasta que podamos.

Lo dice con las palmas de las manos hacia arriba, sacudiendo los dedos como si quisiera despertarlos. Hippiie yo, las pelotas, añade.

Pablo y yo sabemos que discutirle no sirve para nada. Nao adianta, dicen aquí. Lo mejor es quedarse callado, dejar de mirarlo, en seguida se desarma y arremete desde otro frente. A los pocos segundos dice: A España juré no volver. Y a la Argentina ni ebrio. Ya curtí Lima, es horrible, jamás volvería. Necesito otro entorno. Ustedes me tienen que dar una mano.

Otro silencio, esta vez más largo, hasta que nos confiesa, con un tono compungido: No tengo a dónde ir.

Siempre podés volver a tu pueblo, le larga Pablo. Sos el hijo pródigo de San Andrés de Giles. En una de esas el municipio te ofrece un subsidio.

Pendejo, no me gusta que me tomen el pelo.

Todo pueblo de provincia necesita su figura ilustre, tercio yo.

Nos quieren cuando nos morimos, grita. Mientras estamos vivos, cuanto más lejos mejor.

Después, más amigable, nos pregunta: Y ustedes, ¿qué mierdas esperan encontrar acá?

•

Al minuto de hacerme pasar, Ramón abre un ajado ejemplar de *Primera Plana* en la doble página que le escribí hace diez años. El pretexto era que me contara sus

---

experiencias con Jacques Costeau en el Calypso, pero terminó hablando todo el tiempo de Brigitte Bardot. Sostenía haberla enamorado con su pinta de playboy salvaje, cantándole bossa novas y alojado en la casa vecina, donde ahora está la Pousada do Sol. Después me muestra una foto de *El Desprecio*, ella agachada ante Jack Palance que parece escribir algo sobre su espalda, Godard, a la izquierda, da órdenes. Y otra, en la playa de Manguinho, autografiada por ella en la que se cubre los pechos con las manos. Pour mon chéri Ramón, Natal 1964.

El mito del origen, comento.

Estoy medio sordo, se sincera Ramón. El ruido de las trituradoras de quebracho en la selva paraguaya me arruinó los umbrales.

A mí el rock, digo pero tampoco escucha.

Dale, me responde entusiasmado, estoy a punto de salir a probar una nueva hélice.

Desde que pone en marcha el motor de la lancha, es imposible hablar. Ya navegando, de tanto en tanto lo apaga y se agacha adentro de la escotilla, o se tira al agua desde la popa y al salir putea.

Proa mar adentro y acelera sobre aguas más que transparentes, quietas como las de una piscina vacía.

Imagino lo que debe ser nadar aquí abajo, digo cuando lo veo ponerse el traje de neoprene. Sonríe esgrimiendo el harpón. Nada como bajar, dice y se deja caer para atrás.

Veo un horizonte de casi 360 grados. A mis espaldas, a una hora de ronroneo, está Búzios. Es lo único que me parece real.

•

---

Camino hasta donde unos pescadores, recostados sobre botes corroídos por el mar, zurcen redes. Voy hasta las rocas. No hay rincón adonde no llegue un viento tibio, amoroso diría. No bien me saco la remera y estiro sobre las piedras, descubro el color teta de toda mi piel.

¿Cómo pude abandonarme así... olvidarme tanto? Este cuerpo también soy yo. Sin compararme con el lustre pletórico de los buzianos nativos, ni con el bronceado cuatro-estaciones de los extranjeros ya residentes, me recuerdo en otro tono. Eso, perdí la noción del tiempo en relación con mi cuerpo, me digo. ¿Cuánto hace que no me dedico simplemente a estar en un lugar así? No me acuerdo. Alguna vez, en Cadaquez, o en la isla de Ios... y solo por unos días...

¿Dónde estuve todo este tiempo?

Excusas que me doy: vengo de mucho trajín, de semanas y semanas ocupado en actividades exclusivamente redituables, de tres años en un país que vive bajo una nube permanente y donde cualquier mención de la palabra "sun" solo evoca un periódico sensacionalista. Vengo de no sentirme, de cancherear adentro de ropas a la moda, pantalones de cuero negro, buzos de colores irreales, cabezas rapadas.

Aquí la luz es otra, otro estado en el que me percibo. ¿Soy también este?

Todos los que encuentro me dicen que el impacto es letal sobre los recién llegados. El azul del agua, la diversidad de playas, las arenas blancas, todo tipo de oleajes, el tipo de vida relajado, la vacación permanente, todo hace suponer que el paraíso existe.

---

Desde aquí, cualquier tarea urbana parece triste. Para colmo, al volver de la playa, me cruzo con otro amigo del pasado, un exrockero. Ahora pinta carteles.

Vamos hasta la cima de un monte desde donde podemos girar las cabezas en círculo y ver siempre playas, casas y paisajes diferentes. Las visiones son a cual más bella.

Después bajamos al Mangue y caminamos por la costa hacia la punta de la península, por el camino nos sentamos a presenciar un show: puesta y desaparición del sol sobre la Praia dos Amores. Se repite todos los días, me dice. ¡Y gratarola! Si esto te hace bostezar y decir bah, otra puesta de sol, no tenés nada que hacer acá. Es una prueba de fuego.

La observo en silencio, hipnotizado por los reflejos sobre la superficie espejada del mar. Tanta majestuosidad me obliga a preguntarme quién soy, mejor dicho quién era yo, qué hago en este mundo, cómo pude olvidar que existe algo tan bello.

•

Popi decidió quedarse, rezonga Alejandro.

¿Y cuál es el problema?

Que yo no.

¿Cómo te vas a ir...?, interviene Pablo. ¡Si hasta las Pyrex trajiste!

No voy a caer en la trampa, se justifica con otro tono de voz. No me interesa lo que pasa en este pueblo de fracasados. Esta película no es para mí. Todos los días son el mismo. Solo verme con dos reventados como ustedes ya me deprime. Necesito más nervio, una ciudad donde

---

pueda cargar y descargar. No quiero que la nada me agarre de aquí.

Se sirve otro whisky y sigue: No es el Búzios que descubrimos con Ramón en los 60. La cantidad de gente que está llegando ahora me recuerda los veranos en Sitges. Uno encima del otro, cola hasta para mear en cualquier bar. Solo faltan los chiringuitos. El rey del pollo frito.

Pablo y yo permanecemos callado, él sigue: No nos hagamos los tontos. Los argentinos siempre consideramos a Brasil una cultura grasa. Si no te iba bien en los negocios en Buenos Aires, haciendo lo mismo en Sao Paulo podías ganar muchísimo más. Ustedes vienen porque se tragaron el cuento de hadas de *María, María*. Porque aquí la cana no los persigue y lo que les pasa a los brasileños les chupa un huevo. Ni el diario leen. Que sea barato no es un motivo para que yo viva acá.

Pasa la mujer de otro exroquero con una beba muy rubia acurrucada dentro de un pañuelo. Hey, Juão, dice y me tira los brazos.

•

Reencuentro a Jorge, un compañero del secundario que vive en Río y viene los fines de semana para ver a sus padres, en Leblon tiene una boutique con Sonia, la mujer de Claudio Gabis, y aquí a Maga, una hija con la Negra Blanca, ex de Javier Martínez, que también hace ropa. Reencuentro a Bochi Araiz, que se construye una mansión en Ferradura. A Margarita, la poetiza baudeleriana que conocí en una pensión melancólica de San Telmo y empeñó mi grabador Uher en el Banco Municipal para

---

pagarse un aborto de Massotta. A Inés, la divina Inés, que pinta exuberante, a lo Rousseau. Y a su amiga Jose, que por la voz y la forma de caminar me recuerda a Twiggy. Me cruzan los terribles primitos Volcowicz, él ya una loca desatada y ella más ausente que antes. Y La Toni, road manager de Mercedes Sosa y reina de las bishas en Vila Caranga... Hasta con Charly García y David Lebón tomo una cerveza frente a la panadería.

Antes de irse a dormir, Alejandro me dice: Esto es una sucursal de Plaza Francia.

En mi cuarta noche termino cantando bajhams de Maharaji en lo del Gato Dumas. Antes, en algún momento del día, prometo pasar por lo de dos amigas argentinas de otra época, ambas con una y dos nenas.

¿Qué busco acá? Si me voy me pierdo todo esto.